

# Corsarios de agua dulce

Historias de amor y de guerra

RICARDO LESSER

*Ilustraciones de* **Paul Vinuesa**

Grupo Editorial Planeta

Grupo Editorial Planeta

*A Milo*

EL DUENDE DEL ÁRBOL

Grupo Editorial Planeta

## Cuenta el río

---

Soy el Río de la Plata. Sé que este libro está lleno de historias de amor y de guerra. Allá ustedes, no me importa. Estoy acá porque quiero que quede bien en claro que ninguno de estos relatos habría sido posible sin mí. Cada uno de estos cuentos ocurre en mis aguas. Y, como verán, no soy un río cualquiera.

Los que nacieron en mis orillas me llamaron con nombres tiernos, como *Río de los Aos*, Río de los Lobos, por los lobos marinos que retozaban al sol en mis playas tibias.

No hace mucho, unos quinientos años atrás, digamos, me llamaron Mar Dulce. Unas canoas enormes, como las que hacían los naturales ahuecando árboles, pero más grandes, se internaron en mí. Yo soy tan ancho, tan desmesurado que pensaron que era un mar y no un río. Mar-río, río-mar.

De las canoas grandes descendieron unos hombres blancos, no del buen color de la tierra,

sino blancos, pálidos. Uno que parecía el cacique, aunque le decían capitán, se metió en el agua y la probó y encontró que no era salada, por eso me llamó Mar Dulce. Cortó el aire con su espada y dijo que lo hacía en nombre del rey. Después me enteré de que él consideraba que de ese modo tomaba posesión de mí para su rey, el gran cacique de los blancos. Me hizo gracia. ¡Apropiarse de mí que soy agua que corre, que corre sin cesar!

Ahora me llaman Río de la Plata. Es el nombre de una quimera, de una ilusión, de una fantasía loca. Parece ser que los hombres blancos pensaban que, si me navegaban aguas arriba, terminarían por encontrarse con una sierra toda hecha de plata. ¡Qué tontos! Hasta las gaviotas viajeras sabían que la mítica Sierra de Plata era, en realidad, ese cerro del altiplano que después se conoció como Cerro Rico de Potosí y que sí, tenía vetas de plata.

Lo cierto es que vinieron más y más canoas grandes, que los hombres blancos atravesaron selvas y ríos buscando aquella montaña ilusoria. Y que la Sierra de Plata terminó dándome su nombre legendario: Río de la Plata.

En verdad, cuando la luna se asoma por el horizonte como si fuera una ventana, mis aguas tienen destellos plateados. Pero no, no soy de plata.

Los poetas, más bien, han cantado mi extraño color. «El gran río color de león», «El río todo dorado», dijeron. También los hombres originarios que nacieron en mis orillas hablaron de mi color.

En los fogones nocturnos contaban que un cachorro de puma había quedado huérfano porque los keraguay habían matado a sus padres. Lo recogió la princesa de la tribu chichiguay y lo llamó Yagüá.

Con el tiempo, Yagüá se convirtió en un magnífico animal. Tenía el paso altivo del señor de la selva. Sus rugidos conmovían las hojas de los árboles. Hasta la anaconda lo respetaba.

Una noche, los keraguay atacaron la aldea. Sabían que la debilidad de Yagüá era la princesa, de modo que fueron por ella y la prendieron. Cuando el puma majestuoso acudió, entre él y la niña había un muro impenetrable de flechas envenenadas que los keraguay lanzaban ininterrumpidamente.

Yagüá dio un rugido tan fuerte que los árboles se doblaron como se doblan los árboles cuando hay un gran temporal. Saltó con las garras y las

fauces abiertas y destrozó a cuanto enemigo se le puso a tiro.

Los keraguay eran muchos. Ramilletes de flechas envenenadas colgaban del cuerpo espléndido de Yagüá. Con un esfuerzo colosal, el puma dio un zarpazo final y mató al último enemigo. La princesa estaba a salvo.

Pero el veneno hacía su trabajo callado. Yagüá comprendió que se iba. Al amanecer, se despidió de la princesa y caminó hacia el río. Al llegar a la orilla, se dio vuelta para mirar la aldea chichiguay por postrera vez. Emitió un rugido débil, las hojas de los árboles ni se dieron cuenta.

Yagüá se metió en el río. Y las aguas fueron tomando color de puma. Desde entonces tengo esa tonalidad levemente marrón.

Otros hombres blancos siguieron a los primeros. No me acuerdo exactamente cuándo fue. Vivo desde hace siglos de siglos y el modo en que los humanos miden el tiempo significa poco para mí. Debe de haber sido hace, no sé, unos doscientos años.

En esa época, ya no usaban canoas grandes sino goletas, bergantines, fragatas, así las llamaban. Y había muchas. A menudo interrumpían mi



siesta tranquila y navegaban aguas arriba, aguas abajo, aguas arriba otra vez. Las primeras venían del mar donde yo desembocó, después llegaban desde las aldeas que habían fundado en mis orillas. La primera fue la ciudad de la Santísima Trinidad, que estaba al costado del Puerto de Santa María del Buen Ayre.

«Puerto de Santa María del Buen Ayre.» Francamente, me daba risa ver cómo embarcaban y desembarcaban en ese puerto de mentira.

El tan mentado «puerto» no existía. El fondeadero natural era la entrada del Riachuelo, que por algo le decían «Riachuelo de los Navíos», pero que servía únicamente para las embarcaciones de poco calado.

Los barcos de mayor calado tenían que echar anclas lejísimos de la costa porque solo allí encontraban la profundidad suficiente. De verdad era gracioso ver cómo los pasajeros desembarcaban saltando a unas carretas de grandes ruedas o, no pocas veces, montados a horcajadas de algún morocho fornido.

Sin mí, la ciudad que terminó siendo conocida como Buenos Aires no sería nada. No solo porque se fundó por mí, sino también porque siempre la protegí amorosamente.

Me explico: durante siglos fui arrastrando al estuario el limo de los ríos que me forman: el Río de los Pájaros, al que los hombres blancos llaman Uruguay, y el Padre de las Aguas, el Paraná. Así, acumulé un gran banco de arena justo frente a la ciudad.

El Banco de la Ciudad, naturalmente, está cubierto por mis aguas turbias, de modo que quien no sabe que está allí choca inevitablemente contra él. Los barcos encallan o se hunden sin remedio.

Había también otros bancos, como el que formé sobre un islote de granito. Me llevó un buen tiempo, pero el tiempo no es nada para mí. Con mucha paciencia fui acumulando limo y más limo sobre una roca inmensa que estaba a flor del agua. Una trampa deliciosa.

Unos surubíes, que suelen nadar por esas lejanías, me contaron que a ese banco lo llaman el Banco Inglés porque allí naufragó la nave del inglés John Drake, sobrino de Francis Drake, el pirata favorito de la reina de Inglaterra.

Los piratas siempre rondaron la aldea de la Santísima Trinidad como tiburones hambrientos. Temerosos, sus habitantes tomaron barro de mi lecho, lo amasaron, lo secaron al sol y con esos

ladrillos hechos de río levantaron las tapias de adobe de una fortaleza. Las murallas se pasaban los días y las noches mirando si algún pirata venía por mis aguas. Pero lo que realmente disuadía a los filibusteros eran mis enigmáticos bancos de arena.

Los ríos soñamos sueños milenarios. Soñamos con ser el cielo azul, por eso lo espejamos en nuestras aguas. Soñamos con ser mares para lamer las orillas de los continentes. Soñamos con vientos que levanten suavemente nuestras olas de espuma.

Pero los vientos no son siempre amables. El que viene del sudeste —«sudestada», le dicen— me empuja contra la costa, no me deja desaguar en el océano y me obliga a inundar las orillas. El que sopla del sudoeste —«pampero», lo denominan— me arroja hacia atrás produciendo una bajante.

El pampero está loco. Una vez, ese maldito me dejó con las vergüenzas al aire. El viento me empujó tanto hacia atrás que el cauce por el que corro habitualmente quedó seco por kilómetros y kilómetros. La gente de la aldea caminaba sobre

mi lecho de barro. Los chicos jugaban y se embarraban a las carcajadas.

Unos jóvenes osados apostaron que podrían llegar a caballo desde la punta de San Isidro hasta la Colonia de Sacramento, en la Banda Oriental. Allá fueron y me hicieron sufrir la ofensa de los cascos de los caballos.

En el camino vieron las costillas del navío inglés *Lord Clive*, que había sido hundido cuando atacó Colonia. Ellos no lo sabían, pero en las bodegas del barco se enmohecían cien mil monedas de oro.

Con las horas, el pampero aflojó un poco y crecí, crecí con furia. Los jóvenes insolentes tuvieron que escapar a uña de caballo.

Habrán visto que no soy un río fácil. Mis escondidos bancos de arena a menudo fueron descubiertos por los timoneles en el instante mismo del naufragio. Los barcos no se atrevían a navegar de noche. De día, lo hacían lentamente, detrás de pequeños botes que iban sondando la profundidad.

Si el timonel no disponía de un práctico que conociera los canales naturales por donde

se podía navegar, el naufragio era seguro. Y aun así, con frecuencia el pampero echaba a pique a los incautos que no sabían cómo escapar de esa estampida de toros.

Una noche serena en la que la luna se duplicaba con exactitud en mis aguas quietas, oí un diálogo entre dos hombres. Estaban acodados en la borda de un barco fondeado detrás del Banco de la Ciudad. Uno de ellos, el más viejo, decía:

—No los he contado, ese no es mi oficio, pero entre 1811 y 1828 en el Río de la Plata se hundieron no menos de doscientos barcos.

—En esos años —lo interrumpió el otro, más joven y por eso mismo algo imprudente—, las Provincias Unidas del Sud organizaron la guerra corsaria, primero contra la España peninsular y más tarde contra el Imperio del Brasil.

«Es verdad», pensé yo, «hubo una época en que los cañonazos importunaban a cada rato a los peces y las gaviotas».

—Los historiadores hablan poco de eso —continuó el viejo, con un dejo de fastidio por la interrupción—, pero la guerra por la Independencia tuvo un frente naval en los ríos de la Cuenca del Plata no menos importante que el frente de los Andes o

el del Alto Perú. Y pocos recuerdan que los que combatieron fueron corsarios, marinos que tenían patente para asaltar a las naves enemigas y reparar luego el botín con las Provincias Unidas.

Seguí mi deriva deslizándome alrededor del casco de la nave inmóvil. La noche estaba muy hermosa y, la verdad, poco me importaban las historias de los hombres. Para mí los combates de los que hablaban solo significaban navíos destrozados, astillas de madera pudriéndose en mis profundidades dulces, pejerreyes jugando alrededor de un mástil sumergido.

En todo caso, ustedes encontrarán esas historias de amor y de guerra en los cuentos que siguen. En ellos verán corsarios al abordaje y niñas enamoradas.

Si leen bien, notarán algunos detalles. Por ejemplo, que los realistas nunca lograron poner la ciudad al alcance de sus cañones porque mis bancos de arena la defendían. Y que el imperio del Brasil nunca pudo con la paupérrima flota rioplatense sencillamente porque sus capitanes conocían los canales por donde navegar tranquilamente.

Si leen bien, en fin, advertirán que soy yo el protagonista principal de estos relatos.

